

(156)

---

## CAPITULO XIII.

---

Se ha observado siempre, que cuantos mas riesgos se corren y mas trabajos se sufren, mas placer se halla en hablar cuando no queda mas que la memoria de los sucesos.

Ya conoceis mi familia y su triste situacion: sabeis que el odioso Teodorico me envió al colegio: su falsa generosidad me inspiró esperanzas mas capciosas aun: pretendí una plaza eminente en la iglesia, y me nombraron limosnero de navío: al mismo tiempo se

(157)

veia mi desgraciado amigo atormentado por la opresion; y yo, engañado con respecto á él, me lamentaba del estravio de su razon!!! Dos tiranos se unian al mismo tiempo para consumir la ruina de mi familia, y yo lo ignoraba.

Apenas perdimos de vista las costas de Inglaterra, me ví despojado de mi grado de limosnero. Se me anunció que la iglesia me cedia á la compañía de las Indias, y que yo estaba comprometido como soldado: burlado tan cruelmente, me puse furioso y quise arrojarme á la mar: me prendieron para arrastrarme al fondo de la cala, donde estuve cargado de fierro, teniendo por compañeros de infor-

tunio á dos jóvenes que habian sido arrestados por sorpresa y conducidos por fuerza á bordo del navio de la Compañía para ir á sostener sus intereses en la India.

Conociendo ser inútil toda queja , procuré resignarme con mi suerte. Las sábias instrucciones de mi padre se vinieron á mi imaginacion y fortalecieron mi espíritu: mis enemigos me atormentaban con el peso de su poder; yo me contuve con la esperanza de librarme de ellos á beneficio de mi destreza.

Desde mi arribo á Bombay hice parte de un destacamento enviado para esterminar los desgraciados indios que se habian creído con el derecho de resistir á la

opresion del vencedor , y de resistirse á la legitimidad de una contribucion enorme que se hallaban en la imposibilidad de pagar.

Déspués de muchos dias de una marcha penosa , llegamos á la vista de un pueblo donde el enemigo se habia atrincherado. El plan era de aterrar á las otras tribus de indios con el castigo terrible de la que se habia atrevido á levantar el estandarte de la rebellion. Este plan fue fielmente seguido: el pueblo , atacado á media noche , fue tomado por asalto después de una sangrienta resistencia : muchos centenares de los nuestros perdieron la vida en esta refriega ; pero los vencidos fueron esterminados : no se perdonó ni el

sexo ni la edad: viejos, mugeres, niños, todo fue inhumanamente degollado, y las llamas consumieron á los desgraciados que habian buscado en las casas un abrigo contra la ferocidad del vencedor.

Cerca del parage donde yo me hallaba, una jóven con dos niños en los brazos se lanza de una casa que se estaba viniendo abajo, y se refugia en medio de nosotros. Sus cabellos estaban en desórden, su fisonomía tenia marcada la desesperacion: daba gritos espantosos y lamentables, y parecia implorar la piedad en un lenguaje desconocido; pero sus gestos indicaban bastante su significacion: un irlandés la arranca los dos niños y los estrella la cabeza contra una pa-

red: levantaba el brazo para sacrificar á la madre, cuando una bala le hizo saltar los sesos, que vinieron á dar en mi rostro. En este momento un negro, desnudo y cubierto de sangre, salió de las ruinas, y de un hachazo le tendió muerto á sus pies el feroz irlandés.

Todo lo que la imaginacion puede inventar de mas horroroso, no puede igualar al espectáculo de que yo fui testigo. Habia cesado de batirme, y estaba solo á la esquina de una calle entre cadáveres y escombros de las casas incendiadas: en el exceso de mi dolor y de mi indignacion pedí al cielo sepultase á un tiempo en las entrañas de la tierra á vencedores y vencidos, para borrar, si era posi-

ble, de los anales de la especie humana, esta escena de horror y de carnicería; pero cuando reflexioné que no era mas que una débil escaramuza la toma y destruccion de un pueblo miserable, de ninguna importancia para colocarse entre las sangrientas batallas que la historia recoge, no vi ya en el hombre, tan orgulloso de sus luces y civilizacion, mas que un mónstruo feroz y sanguinario con el que es mui horroroso el vivir; y volviendo contra mi seno la punta de mi espada, estaba ya para desprenderme de una penosa existencia, cuando me sentí herido de un golpe en la espalda: me volví, y era un indio que levantaba el brazo para herirme de nuevo: el

instinto, mas bien que la reflexion, me hizo poner en defensa, y dí fin de aquel desgraciado.

Me alejé de aquel desventurado pueblo, resuelto á no volver á unirme á mi destacamento por no querer ya ser mas tiempo un vil y pasivo instrumento de la opresion y del crimen: llegué á un espeso bosque, y allí pasé el resto de la noche: la herida que habia recibido me hacia sufrir bastante, y mis fuerzas se hallaban enteramente exhaustas.